



Lectura

2.º de Primaria

El dragón que estornudaba flores

Un cuento corto para leer sin preguntas detrás.



En la montaña de los dragones, todos echaban fuego.

Fuego rojo, fuego naranja, fuego azul de los más viejos.

Todos menos Ramiro.

Cuando Ramiro intentaba echar fuego, le picaba la nariz.

—Aaa... aaa... ¡aaachís!

Y de su boca salían margaritas.

Los otros dragones se reían.

—¡Un dragón que estornuda flores! ¿Dónde se ha visto?

Ramiro practicaba a escondidas detrás de una roca.

Respiraba hondo, apretaba la tripa, cerraba los ojos.

—¡Aaachís!

Amapolas. Esta vez, amapolas.

Aquel invierno fue el más frío que se recordaba.

Los dragones echaban fuego para calentarse, y el fuego quemaba la poca hierba que quedaba.

Las cabras de la montaña ya no tenían qué comer.

Los pájaros no encontraban semillas.

Hasta las abejas dormían de hambre en sus colmenas.

Ramiro bajó al valle una mañana.

Miró la tierra gris y quemada.

Y estornudó. Y estornudó. Y siguió estornudando hasta que se le cansó la nariz.

Por la tarde, el valle estaba lleno de flores: margaritas, amapolas,



lavanda y unas violetas que no tenían ni nombre.

Las cabras comieron. Los pájaros encontraron semillas. Las abejas se despertaron.

Los otros dragones bajaron a mirar, en silencio.

El más viejo, el del fuego azul, se acercó a Ramiro.

—Fuego sabemos echar todos —le dijo—. Lo tuyo no lo sabe hacer nadie más.

Desde entonces, cuando llega el invierno, los dragones suben a Ramiro a lo más alto de la montaña.

Y esperan, con mucho respeto, a que le pique la nariz.